

# Retro

Mauricio Molina

En la moda, en el cine, en la música: por todos lados nos acecha la sensación de lo ya visto, de lo ya escuchado, de lo ya presentado. Es como si continuamente la realidad se reformulara y fuésemos testigos del presente a través de un caleidoscopio o de un salvapantallas que repite cada tanto la misma secuencia de imágenes y sonidos. Ya no es el espíritu de lo nuevo, propio de una idea caduca de lo moderno: ahora se trata de algo que nos resulta cada vez más familiar y repetitivo como el eco de algo que no termina de desvanecerse, condenado a una obsolescencia para siempre postergada.

Ejemplos de esto sobran en la música de grupos como *The Greenhorns*, *Oasis* o *Coldplay*, con sus ecos de *The Beatles*, de *The Who*, *The Yardbirds* o *The Kinks*. El cine de Quentin Tarantino, plagado de plagios tanto de Antonioni como de filmes de Serie B, participan de este gozoso *remake* generalizado. La reciente ola de películas basadas en cómics de las inmediateces del siglo XX constituye acaso la más espectacular puesta en escena de la onda retro.

Francis Fukuyama, Paul Virilio o Jean Baudrillard, entre otros, han explorado, desde diversas perspectivas, este regreso constante de las formas, y sus conclusiones abarcan temas como la desrealización del capital, el fin de la historia o la supresión de los acontecimientos y su conversión en simulacros.

Y si las minifaldas de mezclilla, el reciclaje de los tenis de lona, las chamarras de cuero, las botas de plástico, el maquillaje hiperbólico o los enormes lentes oscuros producen una suerte de *déjà vu*, no lo hacen menos el retorno de diseños de los años treinta, los peinados alaciados propios de las divas de los años veinte o las modas de los nargüiles decimonónicos y el regreso del

hada verde del ajenjo a nuestras cavas. Esto va mucho más allá del mero mercantilismo: forma parte de nuestro *Zeitgeist*.

Este retorno de lo Mismo parece apuntar hacia una nueva dirección. Resulta fácil caer en la íntima nostalgia reaccionaria, y en la salida clásica de la tía solterona y del profesor timorato: ya ven, se los dije, todo tiempo pasado fue mejor.

La moda retro es un intento por hacer una arqueología del presente y forma parte de ese amplio espectro emocional y estético que hemos dado en llamar posmodernidad. Lo que salta a la vista es que la estética retro, al recuperar elementos fragmentarios del pasado, trae consigo algo mucho más profundo y perturbador: regresan, como bombas de tiempo, las energías depositadas en estos objetos, gestos y formas, y con ellas el universo imaginario que los hizo surgir *por primera vez*, como si se tratara de un trauma. La minifalda nos devuelve al mundo de la liberación sexual y los anticonceptivos, la música de ecos sesenteros nos recuerda la psicodelia, la novela negra nos devuelve

la sensación de que el individuo siempre está solo frente a un entorno hostil, el melodrama no hace sino repetir, una y otra vez, la idea de que alguna vez podríamos enamorarnos y llegar a ser felices.

La onda retro nos sitúa siempre en un límite muy preciso del tiempo histórico: el momento fascinante (totalmente utópico) en que la sociedad en su conjunto estuvo a punto de cambiar y no lo hizo. Lo retro es un simulacro de ese límite. Esa mutación, aquel proyecto de transformación radical que nunca ocurrió, se quedó encriptado en nuestro imaginario colectivo como una posibilidad siempre latente.

En todos esos simulacros de lo retro, en los objetos contingentes y efímeros que pueblan nuestros basureros, habita un fantasma fosilizado: el aura de nuestras esperanzas, pasiones y obsesiones colectivas reducidas a basura industrial. Atrapados entre simulacros y fetiches, rodeados por un mundo mágicamente ordenado, estamos condenados a esperar la hora de nuestra liberación para siempre postergada. [1]

